

## FÉLIX URABAYEN EN SU EDAD DE PLATA

*Antonio Linage Conde*

*A José Montero Alonso, jurado del premio Urabayen; en memoria de mi padre, lector de Urabayen y de Montero Alonso; y a Ursi López Casla, que me fue intérprete en el valle del Bazán.*

Félix Urabayen nació el 10 de junio de 1883 en Ulzurrun —era originario de Estella—, hizo la carrera de Magisterio, de 1911 a 1936 fue profesor y director de la Escuela Normal de Toledo, estuvo encarcelado desde la terminación de la guerra civil hasta noviembre de 1940, compartiendo la prisión con Miguel Hernández y Antonio Buero Vallejo, y murió retirado y silencioso en Madrid el 8 de febrero de 1943, después de una estancia familiar en Pamplona, en la que terminó la última parte de su trilogía pirenaica *Bajo los robles navarros*.

Cultivó el ensayo y la «estampa», como llamó a sus narraciones poéticas<sup>1</sup> de las impresiones de viaje por Navarra y Toledo, las dos tierras de su existencia y de su obra. Y la novela. Aquí nos vamos a ocupar de las sendas trilogías que dedicó a ambas geografías, permitiendo su materia hacerlo desde la óptica literaria y la ideológica<sup>2</sup>, pues es innegable que, por una parte, Urabayen fue un escritor y un narrador nato, y por otra un regeneracionista, un hombre que aspiraba a la mejora y transformación de la realidad envejecida y lastrada que tenía en torno. En este sentido le podemos considerar un noventayochista típico, y de ahí su mezcla de visión poética y cauterio realista, cotidiano más que descarnado, de la égloga a la sátira, de la sensibilidad hacia la historia a la inquietud por el presente. Sin olvi-

---

1 «Y al separarse de don Patricio en el portal de San Nicolás, le dio las gracias con la efusión lírica de un trovador romántico que acaba de perpetrar su último serventesio»; *El barrio maldito* (=BM; Madrid, 1924) 2.º, 1, p. 129. Sobre nuestro escritor y su obra, J.J. FERNÁNDEZ DELGADO, *Félix Urabayen: la narrativa de un escritor navarro-toledano* (Toledo, 1988).

2 Sin hacerse demasiada justicia a sí mismo escribió: «sabemos de sobra que una novela en la que no ocurre nada extraordinario no es novela; ¡pero qué vamos a hacerlo si las cosas suceden así!», BM, 3.º, 4, p. 249. Hay que notar la ilusión narradora que se traduce en los títulos de sus capítulos. Ello podría ser materia de un estudio *ad hoc*.

damos de su coetaneidad también de esa generación ebria del placer de contar historias<sup>3</sup> que se ha llamado la de «El Cuento Semanal»<sup>4</sup>.

De su visión de los desposorios de la literatura y la vida es botón de muestra el título de su prólogo a *El barrio maldito*, «Soneto de égloga», definitorio de su escenario<sup>5</sup>.

El valle del Baztán se compone de catorce pueblos blancos, pulidos y enjorjados de nostálgica dulzura, como los catorce versos de un perfecto soneto, clásicamente cincelado... Cada uno de estos pueblos tiene su inicial mayúscula representada por la torre de la iglesia, el mejor observatorio para estudiar los paisajes y las almas. [...] y los ondulantes caminos que engalanan las arrugas del terreno con la elegancia de ciertas pausas prosódicas, melancólicamente prolongadas. [...] ¡Catorce versos forman el soneto geórgico de este valle suave, mimoso, envolvente y acariciador de los Bajos Pirineos! Catorce versos que el padre Bidasoa va escribiendo con su tinta azul sobre la verde página del valle

Veamos la sintonía de lo poético y lo real.

### La visión de la tierra nativa

Las novelas de la trilogía navarra son *El barrio maldito* (1924), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Bajo los robles navarros* (muy póstuma, 1965).

El barrio maldito es Bozate, el de la «sacerdotal» Arizcun, donde viven los agotes una segregación ancestral atribuida a su condición de leprosos en el pasado remoto. El protagonista, Pedro Mari, pasa de monaguillo y criado protegido de un indiano en el pueblo a tabernero enriquecido en Pamplona y rentista retirado al fin a Elizondo. La novela tiene tres partes, tituladas como las sendas mujeres de su vida, Sara, el ama de llaves que le descubrió el amor en la adolescencia; Dionisia, la mujer fe, conveniencia y solidez, y Rut, la criada agote.

Los centauros del pirineo son los contrabandistas. Es innegable que su novelista los admira, y otra postura hubiera sido imposible, teniendo en cuenta la fusión de los mismos con el paisaje del bosque y la montaña nativos a los que él quiere tanto,

---

3 «De lo único que no podemos enorgullecemos es siquiera de un folletínista de transición, tan abundantes en otras regiones españolas, donde surgen como los hongos»; BM, 2.<sup>ª</sup>, 1, p. 112. A pesar de haber escrito, también inexacto hacia él propio: «Podemos decir –parodiando a Balzac cuando quería sincerarse de una página pesada– que no somos novelistas, ni siquiera historiadores, sino rapsodas líricos de una tierra que no es precisamente de promisión»; BM, 2.<sup>ª</sup>, 1, p. 107; cfr. en la novela siguiente, la alusión al género por entregas, y la vinculación de la literatura y la vida en la voz del narrador; 2.<sup>ª</sup>, 4, p. 215 y 6, p. 237.

4 F.C. SÁINZ DE ROBLES, *La promoción de «El Cuento Semanal», 1907-1925* (Madrid, 1975); B. MAGNIEN Y OTROS, *Ideología y texto en «El Cuento Semanal»* (Madrid, 1986); V. CARRILLO Y OTROS, *L'Infra-littérature en Espagne aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles. Du roman feuilleton au romancero de la guerre d'Espagne* (Grenoble, 1977).

5 Cfr., BM, 1.<sup>ª</sup>, 3, p. 59, el cotejo con los otros valles de Navarra. Y al marcharse la criada agote, Rut: «Así no le había mirado nunca ninguna mujer: ni Dionisia, ni Sara, ni nadie. Le pareció ver en aquellos ojos la prolongación del amado paisaje natal; melancólico, tibio, húmedo y brillante a través de un continuo velo de lágrimas», *ibid.*, 2.<sup>ª</sup>, 2, p. 170.

lo que más en el mundo. Pero... no nos pasamos de listos si advertimos que tampoco detesta a los carabineros, sencillamente por ser necesarios para moldear del todo la etopeya de aquellos sus héroes enemigos.

*Bajo los robles navarros*, escrita en los años centrales de la guerra, 1937-1938, es la vuelta literaria pero a cual más vital a la tierra cuando el autor estaba incomunicado con ella y todo en torno de ambos era una hoguera fratricida. De ahí que se note alguna intensificación en la complacencia que le causan sus gentes<sup>6</sup>. Aunque su desenlace, de elegía romántica, coincide con el de la anterior, si bien en ésta sobreviene la amada, traidora que ha sido a sí misma («—Sí —contestó ella con voz sorda—. Ha muerto la bestia. Pero también ha muerto la poesía, el romanticismo, el amor primitivo y salvaje. ¡Todo lo que fue mi juventud y mi vida: todo lo que en él había de dios...!»<sup>7</sup>), mientras en la última, dándose a entender un efecto de la telepatía, ella muere helada en la montaña materna mientras él cae al entrar como requeté en San Sebastián («¡Quién sabe! Tal vez él la llamó al morir. O quizá fue ella quien presintió la tragedia y echó a correr enloquecida. Cualquier cosa es admisible. Creemos saberlo todo y, en realidad, nada sabemos. Para mí, Aritzondía ha perdido sus dos últimos románticos...»<sup>8</sup>).

Notemos cómo la guerra, que el escritor estaba viviendo, precursora de la postguerra que le iba a tocar padecer, aparece en el argumento sólo como marco y ocasión, siendo la pasión de la pareja protagonista y su anterior circunstancia vital lo que en definitiva cuenta. Y físicamente también en el segundo caso, y emocionalmente en el otro, ella no podrá levantarse al conjuro del zortziko perenne<sup>9</sup>

*Maite, maitea, jaiki, jaiki  
ez tziradia loz ase?*

Volviendo al pensamiento regeneracionista de Urabayen, se manifiesta más en la primera novela, lógicamente en cuanto es la del *apartheid*. Ve a Pamplona «encadenada materialmente por altas murallas de piedra y espiritualmente por las argollas cavernarias del carlismo, afincadas un tanto en los moldes de un catolicismo intransigente»<sup>10</sup> y a propósito de la apoteosis de los sanfermines, alude al «derroche de su alegría báquica sobre la ciudad entenebrecida por diez y nueve siglos de cristianismo»<sup>11</sup>. Mientras que en *Centauros* saluda a la libertad sexual como un síntoma de renovación europeísta: «El contrabandista de alto coturno no puede tener un solo hogar, sino varios y, en consecuencia, ha de ser polígamo por necesidad. Ello demuestra que no es un elemento tradicionalista; al contrario, su sensibilidad fina, moderna, europea, le pone casi a tono con los tiempos de la postguerra»<sup>12</sup>.

En la primera de sus novelas toledanas diría de su «angustia ante las borrascas espirituales, el odio a toda violencia humana»<sup>13</sup>. ¡Con qué mueca sarcástica vemos

6 Su hija María Rosa Urabayen, en el breve prólogo que puso a la tardía edición, piensa que también el hambre que estaba pasando influyó en sus morosas descripciones de la gastronomía de la tierra. Observación que a quienes vivimos la misma experiencia no nos parece rara; véase 7, pp. 62-3.

7 *Centauros del Pirineo* (=CP) 2.ª, 7, p. 275.

8 *Bajo los robles navarros* (=BRN) 19, p. 150.

9 CP, 2.ª, 4, p. 212.

10 BM, 2.ª, 4, p. 60.

11 BM, 2.ª, 2, p. 155.

12 CP, 2.ª, 3, p. 171; a propósito de la mentalidad heredada había, en cambio, opinado que «el teatro calderoniano fue producto clásico de unas costumbres muy corrompidas»; BM, 3.ª, 2, p. 223.

13 *Toledo: Piedad* (2.ª ed., Madrid, 1925), 1.ª, 1, p. 12.

ahora alumbrada esa afirmación por el destino que le había de deparar tan en su propia carne guerra y posguerra, esta última tan diversa de aquella otra a la que acabamos de leerle referirse! Y de lo imprevisto que hubo el tal de resultarle es su esperanza en *El barrio maldito* mismo, la de la redención igualitaria de los agotes mansamente, sin traumas, como el propio argumento de la novela, y en la plática del capuchino que casa a Rut con Pedro Mari, esperanza incluso –y ello nos hace recordar *Los argonautas* de Blasco Ibáñez– en el capitalismo: «Sólo queda ya un poco de desprecio; cuando vengan los de California y Méjico, por agotes que sean, como traigan buenos oros, se acabó el barrio maldito»<sup>14</sup>.

Pasando a los *Centauros*, cual corresponde a su mismo título, el tomo predominante es ya el de la exaltación de un tipo humano. Así, del protagonista Braulio Garmendia, llegado a Pamplona «de un caserío cercano a la raya de Francia. Todos sus antepasados fueron contrabandistas o pelotaris; también tuvo algún tío fraile. Lo que no había hecho nadie en su parentela era agarrarse al azadón o al hacha, las dos raíces jornaleras de la raza. Los jóvenes emigraban todos, y en la Argentina, Cuba y Méjico había Garmendias completamente americanizados ya»<sup>15</sup>. Y «como buen montañés, comprendía a su manera la íntima poesía de este paisaje; no con la oquedad retórica de nuestros grandes románticos, sino con el activo fervor de las razas prácticas que van a lo suyo»<sup>16</sup>. De ahí que lo que el autor ambiciona –y ha conseguido un tanto– sea la novela poética, sencillamente por más adecuada al ambiente y el marco: «Si el Pirineo tuviera un Walter Scott, es indudable que Goizueta habría sido la cantera central de innumerables leyendas»<sup>17</sup>.

Y vamos ya a pasar a la trilogía toledana, pero sin solución de continuidad, pues el protagonista de la primera es también un versolari baztanés. «Castilla necesita un marido fuerte y vigoroso, con los ojos puestos en la tierra; muy práctico para desfondar el suelo y no escarbar estérilmente en el infinito, y de una constancia férrea para encarrilar la volubilidad mental de su señora: de esta Castilla tan dada a olvidar, de esta Castilla de clámide mística y sombrero de pícaro»<sup>18</sup>. ¿Recordamos a Joaquín Costa?». ¿Qué región sino Vasconia puede aportar ese noviazgo espiritual tan necesario para Castilla?».

## La esperanza en Toledo

La trilogía toledana se compone de *Toledo: Piedad* (Badajoz, 1920), *Toledo la despojada* (1924) y *Don Amor volvió a Toledo* (1936).

Su afirmación inicial es la del desconocimiento de la maravillosa ciudad<sup>19</sup>:

14 Epílogo, p. 262.

15 CP, 1.ª, 3, p. 53; «y de servidumbre en servidumbre, alegre y libre, cantando siempre y sin un real»; cfr. a la p. 89, la desenfadada comparación de los carabineros y los curas. Y a las pp. 98-9, el cotejo de los paisajes navarro y guipuzcoano.

16 CP, 1.ª, 4, p. 63; «lo que nadie pudo ablandar, fundíase al calor de sus ojos azules que él tanto amaba, del mismo modo que el vascuence áspero y rudo se enternecía al salir de los labios varoniles convertido en madrigal», 1.ª, 5, p. 110.

17 CP, 1.ª, 5, p. 97.

18 Ob. cit., en la nota 13, 3, p. 82.

19 *Toledo: Piedad* (=TP) 2.ª, 1, p. 87; también p. 89.

Los turistas pasan por su piel de piedra sin conocerla. Ven parte del manto, pero no viven la vida de la ciudad; no oyen su respiración; no sienten el íntimo misterio de su carne desgarrada; no llegan al altar de sus entrañas para sorprender su concepción, estéril hoy, mañana acaso fecunda.

Notemos la conclusión esperanzada, que se reafirma seguidamente: «La raza sufre un invierno tan largo y tan duro que acaso el fruto venidero vuelva a ser glorioso». La ciudad estaba dormida, no muerta<sup>20</sup>.

Y ni que decir tiene que lo que Urabayen estimaba en ella sobre todo era la pluralidad de su génesis y desarrollo, el mismo pluralismo que él, intelectual liberal sin restricciones, ambicionaba para España: «Toledo es una ciudad de pasiones moras, de vestido judío y alma cristiana»<sup>21</sup>. Por lo tanto, su regeneracionismo entroncaba con una cierta condena del último acto de su historia, pero aun así, no extrema sus tintas condenatorias y le reconoce su grandeza. En este sentido es sintomático su cotejo de las sendas visiones plásticas que tuvieron de él los pintores Zuloaga y El Greco: «El Greco pintó una decadencia verdad vista con ojos españoles. Zuloaga pinta una decadencia postiza. Zuloaga hace con esta raza unos funerales de tercera clase. El Greco supo enterrarla con los honores que merecía un ideal tan prócer»<sup>22</sup>. Ahora bien, es innegable que ese regeneracionismo le libró de la nostalgia del pasado inmediato.

Y es muy significativo que uno de los personajes de la primera novela, el profesor Enríquez, de la Escuela de Artes e Industrias, «enamorado de la regeneración española, ha viajado mucho, pero en vez de europeizar su carácter se ha españolizado más»<sup>23</sup>.

Siendo lo sorprendente que todo ello coexistía, en el pensamiento del escritor navarro, con una visión terriblemente crítica de la realidad en torno. En España «sólo crecen y medran las dos algas parasitarias, las dos taifas berberiscas enemigas», con la resultante de la «falta de fusión para un trabajo levantado y fecundo»; en Toledo, «el ideario de la ciudad se reparte entre la holganza cristiana, las taifas políticas y la semítica voracidad de la usura», y en torno a él «todo son cotos para caza o criaderos de toros bravos. Allí los ríos, grandes y magníficos, no pierden una gota hasta llegar al mar; allí los ferrocarriles, que debieran ser arterias, son sanguijuelas»<sup>24</sup>.

¿Y el remedio? De momento, alejando cualquier tentación épica, se le ocurre crear un trust de artesanos<sup>25</sup>.

20 TP, 4.<sup>a</sup>, 2, p. 329.

21 TP, 2.<sup>a</sup>, P. 114.

22 TP, 3.<sup>a</sup>, 1, P. 208, y 2, P. 231; véase su evocación del rezo de las monjas de Santo Domingo, 2.<sup>a</sup>, 1, pp. 91-2 (nos recuerda la pasión por el de los conventos femeninos de la ciudad que tuvo Luis Buñuel, que los oía en sus correrías de noctívago por ella aunque no sonaran)». A propósito del paisaje circundante: «Castilla no necesita del mar; su mar está encima, en este cielo. Su dominio fue, pues, idealista, el dominio real es para las razas que tienen el mar en la tierra y no en las nubes», 2.<sup>a</sup>, 3, p. 191; y más adelante (4.<sup>a</sup>, 2, p. 317): «Aunque se empuñen los intelectuales, este paisaje no será nunca símbolo de una decadencia». Del canto monjil, también en la segunda novela, 2.<sup>a</sup>, 1, p. 79.

23 TP, 3.<sup>a</sup>, 2, p. 214.

24 TP, 2.<sup>a</sup>, 3, p. 157; 4.<sup>a</sup>, 1, p. 281, 4.<sup>a</sup>, 3, p. 343.

25 TP, 4.<sup>a</sup>, 1, pp. 312 y 321; «es un error esperar la libertad de la espada de Padilla, espada de revuelta, espada estéril».

En la primera novela predomina el ensayo. Notemos la extensión dedicada al Greco. Entrambasaguas subrayó, a este propósito<sup>26</sup>, no implicar un fracaso, cual había sido el caso de la que José Mas y Laglera llamó su «novela-museo», *La locura de un erudito*, una guía de Sevilla. Lo cierto es que el argumento es a cual más simple: el versolari baztanés, indeciso entre la acción y la contemplación, acorde así a la ambivalencia de su doble progenie, se va a Toledo, donde encuentra una novia, hija de un artesano, que se llama Piedad. Recordemos la sintonía de un hombre y una ciudad que había hecho ya clásica *Brujas la muerta* de Rodenbach<sup>27</sup>. José Montero Alonso, por su parte, contribuiría en 1929 a una de las prolíficas colecciones de novelas cortas de entonces, «Los Novelistas», con otra gemela abulense, *Un hombre, una mujer y una ciudad*<sup>28</sup>.

En *Toledo la despojada* el protagonismo es colectivo, de varios tipos que personifican la fauna humana sobre todo que despoja la ciudad o en todo caso la mantiene adormecida. Una ciudad que compara literalmente a la propia de los muertos, sí, al cementerio sin más: «El mismo reposo, la misma vida fragmentaria, parcial, sin otra actividad que la del gusano y sin que el cuerpo pueda cambiar jamás de postura...»<sup>29</sup>.

Muy distinto es *Don Amor volvió a Toledo*. Desde un principio entra el novelista en el argumento y presenta a sus personajes, por cierto, con mucha agilidad. Y así, a lo largo de los amores sucesivos de Leocadia de Meneses, hasta el extraño suicidio de ésta, en un acceso de una gripe grave. Comenzando con la advertencia de hacer mucho tiempo de que a don Amor le habían echado de la ciudad, luego de que a ella llegara en los del Arcipreste, siendo ésa desde entonces «una vieja paloma jubilada por Él. Sin un solo sendero que huela a juventud, sin un solo callejón que guarde el latido sentimental de una pascua florida, sin ese perfume ascético que destilan las piedras de El Escorial o de Ávila, ya que aquí los cristianos sólo se dedican a destrozarse y remendar las murallas godas, árabes y romanas»<sup>30</sup>. Aunque su belleza tenía una innegable magia que hacía pronunciar el anatema —esperanzado siempre, no lo olvidemos— desde otra óptica y en otra atmósfera, pues «en Toledo hay algo que sobrevivirá a todas las rapiñas y vandalismos indignos y extraños. [Por estar] su secreto en la entraña de la ciudad, fecundada por tres razas viejas y artistas que pusieron en ella lo mejor de su espíritu y no se resignan a abandonarla. [...] Toledo permanece a las sombras, a los fantasmas, a las evocaciones y a la tradición. Por eso es estéril». Y de ahí «el dolor en el tañido grave de las campanas con las que llora su viudez de emperatriz»<sup>31</sup>. Siendo ese encantamiento la clave de la esperanza de que decíamos.

Aunque... *magis amica veritas*. Y si «tres devieran ser las virtudes en que Toledo hallaría su salvación, de las tres carece casi en absoluto: escuelas, ríos y

26 En el estudio preliminar de *Don Amor* («Las mejores novelas contemporáneas», 9; Barcelona, 1963), 339-65.

27 En un número especial en prensa de «Estudios segovianos», dedicado al centenario del nacimiento del Marqués de Lozoya, se incluye un estudio nuestro cotejando la novelística de éste con la de Rodenbach.

28 Núm. 50; 2 de febrero; *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, no es de una adecuación urbana tan sencilla.

29 *Toledo la despojada* (=TD; Madrid, 1924) 2.ª, 5, p. 183.

30 Citamos por la edición cit. en la nota 26, prólogo, p. 374 (=AVT).

31 AVT, 1.ª, 7, p. 428; y 1.ª, 1, p. 386.

árboles. Las primeras siguen en manos de frailes y monjas; los ríos tienen la estúpida libertad del Tajo holgazán y vocero, sin otra misión durante toda su dilatada andadura que desbordarse estérilmente o engendrar el paludismo. Y los árboles, ¿qué se hicieron»<sup>32</sup>.

Y es el último amado y enamorado de Leocadia quien cree traer la solución, Lorenzo Santafé, un ingeniero, «soltero, rico, dueño de varias fábricas de aserrar madera y que leía *El Socialista*», cuyas banderas no son «heroicas ni agresivas, sino banderines de agrimensor, humildes y desprovistos de fanfarria». Estando su secreto en el Tajo mismo, en el agua, convertida ésta en portadora de «vida nueva, trabajo, energía eléctrica, fábricas, dinamismo, acción», y más, mucho más, «un barrio unido a Madrid por el río, la verdadera colonización de Castilla», quedando la ciudad vieja cual «la Meca del peregrinaje artístico del mundo entero y la escuela donde aprenderían las futuras generaciones lo que la Humidad es capaz de conseguir cuando obra impulsada por un ideal común»<sup>33</sup>.

Mas la obra de Urabayen nos lleva, sin proponérselo expresamente, a su vida también.

---

Terminó de escribir su última novela toledana el 18 de julio de 1936. Por eso escribió estas líneas en una página preliminar: «Se terminó esta obra el mismo año en que estalló en España la intentona fascista. El autor no ha querido tocar ni una línea de original, aun sabiendo que lo que fueron audacias ayer serán ingenuidades mañana».

Notemos este tono profético, que no vamos a comentar en su referencia concreta. Pero sí nos interesa en cuanto fue en nuestro escritor una cierta constante, por otra parte acorde a su regeneracionismo, y sin que sea precisamente perder el tiempo traerlo a colación. En una de las tertulias de la ciudad, que nos describe, una de las opiniones que se vierten sobre el ideal comunista<sup>34</sup>, sí podría verse un tanto cual profecía de momento cumplida. ¿Y sería menos realista el asentimiento a otro de los partícipes de aquella: «Tenía razón el fotógrafo cuando allá en la tertulia del Miradero demostraba al Sanedrín de Reformas Sociales que los hombres se despojan estúpidamente sin pensar que la Naturaleza da para todos»?

En estos tiempos nuestros se ha pretendido acuñar la tesis del fin de la historia. Desde luego algo que ningún historiador podría tomar en serio, sencillamente por no entenderlo. Pero acaso el contexto que ha dado pábulo a su incubación fue profetizado un tanto por el pensador navarro, que indiscutiblemente lo era: «En las revoluciones hay responsabilidad, y las cumbres pagan sus errores y aun sus aciertos. En estas épocas transitorias no hay responsables: el que está más alto se expone

---

32 AVT, prólogo, p. 377.

33 AVT, 2.ª, 2, pp. 467-8 y 475; y 5, pp. 494-5; poco antes (p. 492) lanza el novelista, por boca de un contortulio del casino, la idea de resucitar los gremios. Al correlativo trust de artesanos habíamos aludido antes.

34 TD, 2.ª, 5, pp. 184 y 187; en tono menor: «... y el gran Monjardín trabajando con la cabeza el balón, nuevo símbolo nacional», y algo después: «Veía la salvación de España en el cultivo del *foot-ball*, las carreras a pie y el boxeo», *ibid.*, 2.ª, 7, pp. 223 y 231.

menos y si alguno se ahoga es el último mono». Y algo más adelante: «El becerro de oro es por esencia individualista, y derribará al colectivismo, al socialismo y a todos los *ismos* que salgan»<sup>35</sup>. Notemos lo tremendamente universales que estas opiniones nos suenan hoy, valederas sólo para un país concreto en cuanto hace parte del conjunto planetario, de tiempo ante todo y no de espacio.

Al novelar Urabayen hizo de vez en cuando algunas referencias a unos tiempos pasados, algunos todavía vividos por sus personajes. «Igual que en los de Navarro Villoslada o de Maricastaña que viene a ser lo mismo»<sup>36</sup>; «de la madera más rara cada vez de los antiguos dependientes»<sup>37</sup>, coincidentes con «los amados tiempos, llenos de sosiego, en que para ir a la capital se salía de Arizcun por la mañana y al siguiente día, bien mediado, se entraba en Pamplona». Composiciones de lugar reveladoras, y no anecdóticas, pero sin llevar en sí a la vista el presagio del gran cambio de la Historia, cuya explicación al menos sí tuvo tiempo de captar el novelista que las hacía.

De ahí que no resulte adecuado su olvido y que su exhumación no entre nada más que en el reducto del pormenor erudito. La guerra civil, la posguerra que la mantuvo y las características en la vida intelectual de la situación subsiguiente, ésta de una duración más allá de lo generacional y éstas cambiadas a través de una lenta evolución, sólo han determinado que la recuperación de estos hombres, sus obras y sus valores, tenga ya lugar cuando han entrado del todo en la Historia<sup>38</sup>. Pero es una de las tareas que se imponen a cuantos cultivan la parcela española contemporánea de ésta.

---

35 TD, 2.ª, 5, pp. 175 y 179.

36 CP, 2.ª, 1, p. 132.

37 BM, 1.ª, 3, pp. 55 y 57.

38 Recuerdo la impresión que me produjo oír disertar a Luis Sánchez Granjel sobre Urabayen en un acto solemne de un colegio mayor de Salamanca en la década de los sesenta avanzada, la recuperación de un pasado perdido; véase, de él, *Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho* (Salamanca, 1981), cfr. Courtenay de Kalb, «Toledo interpreted by a basque novelist», en *The New York Times*, 23-5-1926. No menciona a Urabayen el reciente libro de Andrés TRAPIELLO, *Las armas y las letras. Los intelectuales y la guerra civil* (Barcelona, 1994).